



TRASCENDENCIA E INMANENCIA EN LO PEDAGOGICO

POR EL

Dr. Francisco W. Torres

¿Cómo se cumple el fenómeno pedagógico o sea la acción psíquica que ejerce el maestro sobre el alma del discípulo, con fines educativos o formadores, y recíprocamente, en el campo de la trascendencia y de la inmanencia que hemos destacado como cualidades esenciales del ser, y por ende del ser psíquico humano?

Hemos dicho que fenoménicamente tenemos un alma o sea la del maestro que se transustancia en otra alma que es la del discípulo, con propósitos formativos; y a su vez, el alma de éste que por su cuenta reacciona sobre la del maestro.

En este fenómeno pedagógico hay tres problemas: 1°.) el de la trascendencia del alma del maestro sobre el alma del discípulo; 2°.) la influencia de la trascendencia del alma del maestro sobre la trascendencia e inmanencia del alma del discípulo; 3°.) la trascendencia del alma del discípulo hacia el alma del maestro.

Trascendencia del alma del maestro sobre el alma del discípulo

¿Cómo se efectúa esta trascendencia del alma del maestro sobre el alma del discípulo?

Toda trascendencia es esencialmente un salirse de sí mismo del ser que trasciende.

En toda trascendencia hay la trascendencia en sí o sea la ac-

tividad del ser que trasciende, y además la atracción simpática que ejerce un objeto extraño al ser que trasciende.

En el problema pedagógico vemos que estos dos requisitos se cumplen: La trascendencia en sí del ser que trasciende o sea la actividad del ser del maestro; y por otro lado, la simpatía que emana del discípulo.

La trascendencia en sí o actividad del maestro es ontológica y gnoseológica a la vez, ya que es la trascendencia de un ser racional.

Toda trascendencia de un ser racional es ontológica y gnoseológica. Ontológica, en cuanto es realización de un ser; gnoseológica, en cuanto no es sólo realización de un ser cualquiera, sino de un ser racional, de un ser con razón o sea con necesidad interna esencial de conocimiento.

Toda trascendencia de un ser racional es ontológica y gnoseológica a la vez, en cuanto aquél no puede ser de algún modo sin dejar de conocer del mismo modo.

En la trascendencia del ser racional, ser y conocer tienen el mismo valor. Ya que no puede darse un ser racional que trascienda como ser, sin que trascienda cognoscitivamente.

En esto difiere la trascendencia del ser racional de la trascendencia del ser no racional, por ejemplo una piedra.

La trascendencia del ser no racional es puramente trascendencia de ser lo que es, pero no es cognoscitiva. La trascendencia del ser no racional es ciega, sin conocimiento ni del propio ser ni de los otros seres.

La trascendencia del ser racional al propio tiempo que realiza un ser, lo realiza con conocimiento de sí mismo y de los otros seres.

Estos dos rasgos fundamentales son los que tipifican la trascendencia del ser racional.

La trascendencia del ser racional es ontológica y gnoseológica. Como trascendencia ontológica realiza el ser humano como compuesto unitario de cuerpo y alma, según la antropología de Santo Tomás; pero como trascendencia gnoseológica logra el conocimiento del propio ser humano, en lo que es su esencia, como igualmente obtiene el conocimiento de los otros seres.

La trascendencia del ser racional es al mismo tiempo ontológica y gnoseológica.

Pero de estos dos caracteres fundamentales el que realmente la tipifica es el de ser cognoscitiva.

Todos los seres de la realidad son trascendentes, ya que, conformes con Aristóteles, todos los seres de la realidad son activos; y esta actividad de los seres no es sino trascendencia de los seres.

Pero el único ser que tiene trascendencia de ser y al mismo tiempo cognoscitiva es el ser racional.

De ahí entonces que la que le da singularidad de ser racional es la trascendencia cognoscitiva.

En virtud de esta trascendencia de conocimiento el ser racional, el hombre —hemos dicho—, tiene conocimiento de sí mismo y de los demás seres.

¿Qué aclara en esta primera tarea de conocerse a sí mismo?

Como se ve el problema socrático es el primero y el más inmediato del hombre: Conocerse a sí mismo.

¿Qué es el hombre? pregunta la trascendencia cognoscitiva.

Es un ser y además un ser con razón, un ser capaz de conocimiento y con necesidad consustancial a su propio ser, el conocer. Como la planta necesita de su compuesto físico-químico que le da su substancia, su ser, el hombre requiere del conocimiento para singularizarse como ser de razón.

Dentro de las teorías clásicas filosóficas el hombre es un compuesto unitario de alma y cuerpo, como lo sostiene Santo Tomás. De este modo el filósofo de Aquino resuelve el problema, dando una concepción más realista que la platónica que había sostenido que el hombre era espíritu.

Dentro de las teorías modernas está la que hace del hombre una trinidad de cuerpo-alma-espíritu.

Para Scheler ciñendo el problema, los atributos del hombre son la libertad, la autoconciencia y la objetividad.

Para Aristóteles, según el "Tratado del Alma", el hombre posee el *nus*, la razón, como atributo específico, que no lo poseen por cierto los vegetales que sólo tienen la facultad de la nutrición, ni los animales que además de poseer el alma de los vegetales, tienen

la facultad de la sensibilidad y de la locomoción. Sólo el hombre posee además de las cualidades de los vegetales y de los animales, la de la razón.

Pero para Aristóteles, el hombre no sólo se compone de alma, sino también de un cuerpo. Critica a los filósofos que sólo tienen en cuenta el alma. Así dice textualmente en el libro primero del Tratado del Alma: "Por lo demás, esta teoría del Timeo es tan errónea como la mayor parte de las expuestas sobre el alma, en cuanto se une el alma al cuerpo en que se encuentra, sin haber determinado además cómo es el cuerpo y por qué causa es como es"...

De todas estas teorías seguimos a los clásicos, ya que con la concepción del hombre concretado como cuerpo y alma, según Aristóteles y Santo Tomás, se contempla no sólo integralmente lo que es el hombre, sino que incluso el alma es capaz de lo universal, función que sólo es atribuida al espíritu por la teoría que hace del hombre el compuesto trinitario antes mencionado.

El ser humano trasciende como ser y como conocimiento.

En esto difiere entonces con la trascendencia de los seres no racionales que no tienen conciencia, como ser —dijimos— la trascendencia de una piedra, que es puramente trascendencia de ser.

Pero el ser humano es trascendencia de ser y de conocer.

Como trascendencia de conocer o cognoscitiva el ser humano aunque experimente esta trascendencia cognoscitiva consustancial con su trascendencia de ser, es en donde descubrimos su tipicidad.

El ser humano es ser humano en cuanto trasciende como ser de razón, de conocimiento.

Esta trascendencia cognoscitiva —dijimos— tiene por primera tarea la de conocer la esencia del hombre.

¿Qué es el hombre?

Se pregunta, del mismo modo que se preguntara Sócrates.

¿Qué es el hombre?

Es un trascender de ser y un trascender de conocer.

Pero en el hombre, en su estructura, el trascender de conocer es inseparable del trascender de ser.

El ser humano es un trascender de ser y un trascender de conocer.

El hombre es trascendencia de ser y trascendencia de conocer.

Si sólo fuera trascendencia de ser, el hombre viviría en las instancias de una existencia ciega, existiría para sí, cerrado en su propia órbita, sin comunicación alguna con los otros seres.

Pero en cuanto es trascendencia de ser se halla cruzado por su trascendencia de conocimiento.

Y es en virtud de este cruzamiento de su ser esencial por el conocimiento, por la luz del conocimiento, que el ser humano se pone en comunicación con los otros seres.

Sin este cruzamiento que opera el conocimiento en la esencia del hombre, el hombre sería para el conocimiento de la realidad, lo mismo que el hombre de la caverna de la metáfora de Platón, es decir sería un ciego.

En la trascendencia de conocimiento el hombre trasciende con todas sus potencias, como inteligencia, como voluntad y como sensibilidad.

De modo que su trascendencia de conocimiento se descompone en una trascendencia intelectual, en otra trascendencia volitiva y en otra trascendencia sensible o amorosa.

El hombre entonces, para rematar esta idea, es una trascendencia de ser y una trascendencia de conocer.

Dijimos que la trascendencia del maestro se enmarcaba en las ideas generales que hemos encontrado como propias de la trascendencia del ser humano, ya que el maestro es un hombre.

La trascendencia del maestro —dijimos— es ontológica y gnosológica a la vez, por tratarse de la trascendencia de un ser humano.

Pero esto podemos decir del maestro en cuanto es hombre.

Faltaría tratar lo que corresponde a su ser específico de maestro; es decir lo que le es propio a su personalidad de maestro, de educador.

En otras palabras: ¿Cuál es la trascendencia específica que le corresponde?

Dijimos que la actividad o trascendencia del maestro se halla

impulsada por dos fuerzas: por la trascendencia en sí y por la atracción simpática que ejerce el ser del discípulo.

¿Cómo caracterizamos la trascendencia del educador o del maestro simplemente como tal?

En otras palabras, ¿cuáles son las peculiaridades que en el campo de lo pedagógico puro, adquiere aquella trascendencia de ser y de conocer que constituye la esencia humana del maestro?

El maestro en cuanto es hombre es trascendencia de ser y de conocer. Pero aunque todos los seres humanos son esencialmente trascendencia de ser y de conocer, esta trascendencia de ser y de conocer varía de individuo a individuo, según sean las inclinaciones individuales propias de cada ser, o bien también según sean las inclinaciones vocacionales que corresponden del mismo modo, a un conjunto o clase de seres.

¿Cuáles son esas inclinaciones de naturaleza bio-psicológicas que caracterizan a esa clase de individuos que llamamos maestros, o al maestro genéricamente denominado?

¿Cuáles son esas inclinaciones que hacen que en el maestro, la trascendencia de ser y de conocer tengan un singular sentido?

Esas inclinaciones están en la substancia de su ser y de su conocer.

El maestro por un ciego impulso que late en todo su ser, es llevado hacia el discípulo.

Esta fuerza vocacional es tan poderosa que incluso podría manifestarse como ciega trascendencia de ser; si el maestro no fuera además trascendencia de conocer.

El maestro es trascendencia de ser y de conocer.

En cuanto es trascendencia de ser se trata de una trascendencia puramente espiritual. Cuando el maestro trasciende ontológicamente o sea como ser, al ser del discípulo, es una trascendencia pura; es una trascendencia de ser en otro ser, pero en los límites puros del espíritu.

No es una trascendencia biológica como pasa con el ser que genera a otro.

Es una trascendencia anímica que se opera de un alma a otra.

Pero hemos dicho que el maestro es también trascendencia de

conocimiento, claro que consubstancialmente con su trascendencia de ser.

Con esto decimos que el maestro es trascendencia cognoscitiva sobre el ser del discípulo.

Se trata de una trascendencia cognoscitiva típica, ya que se opera sobre otra conciencia que tiene a su vez capacidad psicológica reactiva.

Ya no se trata de una trascendencia cognoscitiva que tenga por objeto cualquier cosa del mundo exterior.

Se trata de una trascendencia cognoscitiva que se opera sobre otra alma.

Decimos que la trascendencia ontológica del maestro es una trascendencia espiritual.

No es una trascendencia del orden biológico como acontece cuando un ser genera a otro ser.

Es una trascendencia que sólo se opera en los límites puros del espíritu.

En cierta manera, es el espíritu puro de Hegel en cuanto es lo que es como esencia espiritual.

Pero en este caso, no se trata de una trascendencia espiritual que obedezca sólo al impulso de ser del espíritu del maestro, sino también concurre operante otra causa que es la atracción psíquica del ser del discípulo.

Tal es la trama o la trayectoria de la trascendencia ontológica del maestro.

El maestro como ser humano trasciende ontológicamente hacia otros seres, ya sea como entidad biológica o simplemente como espíritu.

Pero en este orden de trascendencia del maestro es un trascender en cierto modo indiferente.

Indiferencia que se trueca en fuerza apasionada cuando su espíritu trasciende iluminado por el espíritu del discípulo.

De modo que esta es la trayectoria espiritual de la trascendencia ontológica del maestro hacia el alma del niño.

Lo dicho anteriormente se afirma más recordando que la tras-

endencia del maestro es al propio tiempo que trascendencia ontológica, una trascendencia cognoscitiva o de conocimiento.

Pero esta trascendencia cognoscitiva dijimos también que se tipificaba, por tratarse de una trascendencia cognoscitiva ya no dirigida hacia un objeto cualquiera, sino hacia otra alma que es la del discípulo, alma que a su vez es rica fuente de reacciones psíquicas.

Se puede distinguir con toda claridad, la diferencia que hay entre la trascendencia cognoscitiva que el maestro como ser humano experimenta al conocer cualquier objeto de la realidad exterior, como ser una planta, y la trascendencia cognoscitiva que el maestro como maestro experimenta para conocer el ser psíquico de su discípulo.

Las cosas del mundo exterior están en un plano espacio-temporal. Y en esto no añadimos nada a las enseñanzas de Aristóteles.

Percibir una cosa del mundo exterior es percibirla bajo estas dos categorías que rigen en lo ontológico como en lo lógico.

Pero trascender cognoscitivamente hacia lo psíquico, hacia la personalidad humana, ya es programa que cuenta con una realidad de distinta naturaleza.

La personalidad humana es una unidad de fines.

En esto aceptamos un poco las ideas del gran psicólogo austriaco, Francisco Brentano, quien a su vez toma —como sabemos— su teoría de que la esencia de lo psíquico es la inexistencia intencional de la escolástica, especialmente de Santo Tomás.

Así dice textualmente Brentano en el primer capítulo de su "Psicología": "Todo fenómeno psíquico está caracterizado por lo que los escolásticos han llamado la inexistencia intencional (o mental) de un objeto, y que nosotros llamaríamos, si bien con expresiones no enteramente inequívocas, la referencia a un contenido, la dirección hacia un objeto (por el cual no hay que entender aquí una realidad), o la objetividad immanente. Todo fenómeno psíquico contiene en sí algo como su objeto, si bien no todos del mismo modo".

Pero dijimos que para nosotros la personalidad humana es una unidad de fines, o, en otras palabras, una unidad teleológica.

A esta idea del fin en lo psíquico, tan fecunda en el pensamiento actual, como da cuenta "Logische Untersuchungen" de Husserl y "Wirtschaft und Gesellschaft" de Max Weber, ¿cómo la concebimos?

La personalidad humana es unidad de fines, o sea que ontológicamente supone la categoría de la unidad pero es una unidad de fines.

A esta categoría de la unidad de fines agregamos la que tan genialmente ha puesto de relieve Bergson, el tiempo. Tales son las dos categorías ontológicas de la personalidad humana.

La personalidad humana o el alma del hombre es una unidad de fines.

No es como la unidad de un organismo, aunque en lo biológico actual, lo teleológico es también aplicable en lo biológico.

La unidad de fines que es el alma es una unidad de fines conscientes; en cambio, la unidad teleológica que es el organismo para la biología actual, es una unidad de fines que no tiene conciencia como tal unidad de fines.

El alma humana es entonces, una unidad de fines conscientes.

De ahí que la trascendencia cognoscitiva del maestro que opera sobre el alma del discípulo sea muy diferente de la trascendencia cognoscitiva que pueda tener sobre cualquier objeto de la realidad exterior.